

# EL BOTANISTA SUECO EN EL PICO SUECIA\*

*TORE HÅKANSSON*

Uno de los botanistas más famosos del mundo, Erik Leonard Ekman, realizó sus investigaciones botánicas a principios de siglo en Cuba y Haití. Sus colecciones que se encuentran en su mayor parte en el Museo de Historia Natural de Suecia, su diario personal y anotaciones que se encuentran en la biblioteca de la Academia Sueca de Ciencias, así como sus memorias, nos dan la imagen de la vida extraordinaria de un científico poseído por una pasión tal por las ciencias botánicas que en ello se le fue la vida misma. Empecemos por una descripción que en aquel tiempo hicieron de él:

''Acurrucado en una esquina sombreada, tendido de estómago como un perro y durmiendo, se encontraba un indescriptible personaje, flaco y sin afeitarse, de cabellos color de arena, calzando zapatos haitianos con suela de sogas sobre los pies desnudos y vestido con ropas raídas, rotas y manchadas; a su lado y sujeto a él tenía un bulto que parecía contener viejos periódicos, una boina grasienta y un viejo machete. El hombre, que se estaba quedando calvo, tenía además un pequeño bigote desaparejo como un cepillo y una escasa

\* Traducido del sueco por Janine Miquel.

barba entre gris y rubia de por lo menos 8 a 10 días.”<sup>1</sup>

Esta descripción la hacía el relator de viajes W.J. Seabrook que continúa:

”Permítanme que les presente a mi amigo el Dr. Ekman, de la Real Academia (Sueca) de Ciencias, miembro del Instituto Smithsonian — la autoridad máxima en el mundo en cuanto a la flora antillana —”.<sup>2</sup>

Después de 17 años en Cuba y Haití llenos de un increíble trabajo de investigación, dificultades, renunciamientos y períodos de hambre, muere Erik Leonard Ekman tan sólo a los 47 años en la ciudad de Santiago — República Dominicana — donde también sería enterrado. Su nombre se conserva en las numerosas especies y familias botánicas que han sido bautizadas con su nombre: Ekmanii Ocharis Grasineriis, Pertnante Ekmanii, Vernonia Ekmanii y muchas otras.

La Real Academia de Ciencias ha olvidado honrar la memoria de este investigador que ha dado a la ciencia más que cualquier otra persona, por los míseros y totalmente insuficientes estipendios que recibió y que llegaron aproximadamente a las 20.000 coronas suecas, durante 16 años de investigaciones que resultaron en uno de los mejores trabajos que se conocen en la historia de la botánica. El Museo Nacional cuenta con 19.212 herbarios con más de 50.000 ejemplares provenientes sólo de Cuba. De Haití y la República Dominicana cuenta con colecciones similares en número.

Erik Ekman nació el 14 de octubre de 1883 en el barrio de Katarina, en Estocolmo. Su padre era tipógrafo y la familia que contaba con escasos recursos, se trasladó con 5 hijos a Jönköping (al sur de Estocolmo) cuando Erik Leonard tenía 11 años de edad. Es en Jönköping donde fue a la escuela y es allí también donde empieza con sus colecciones botánicas, lo que vendría a convertirse en la pasión de su vida. A pesar del cambio de lugar, Erik Leonard se sintió siempre como un muchacho de ”söder”\*. Sus estudios universitarios los llevó a cabo en la ciudad de Lund donde pudo arreglárselas con muy pocos medios. El catedrático Svante Murbeck fue para Ekman un valioso profesor y también se desarrolló en los círculos que rodeaban a Bengt Lidforss, cuya influencia posiblemente fortaleció la actitud radical e inconvencional que lo acompañaría toda su vida. A través del Professor Rolf Santesson pudo llegar a saber que Ekman fue también muy buen amigo de Frank Heller durante el tiempo en que éste último vivió en Lund.

Ekman figura también bajo el nombre de Niklasson en dos de las novelas de Frank Heller. En ”Maldición sobre los infieles” (Förbannelse över de otrogna) de 1919 se encuentra un relato bajo el título ”A propósito de Niklasson”.<sup>3</sup> Se trata también de una caricatura, aún más exagerada que la de Seabrook, pero aun así dice algo acerca de la personalidad del joven investigador:

\* Barrio sur de Estocolmo

”Niklasson llegó a la universidad montado en una bicicleta desde Jönköping — 300 km. — Era un centauro sobre ruedas. No se movía nunca en otra cosa que esa bicicleta a no ser que se viera obligado a ello. En tren llegaron los libros, herbarios y ropas de cama de Niklasson, que éste, fue a recoger a la estación y se los puso sobre los hombros, como sus antepasados habían hecho a través de los siglos — libros, colecciones de plantas y un enorme colchón de plumas y transportó todo eso hasta el cuarto que había alquilado por 25 coronas por todo el semestre. Cuando así cargado con sus cosas pasaba por delante de la ventanilla desde la que se pide a alguien que se encargue del transporte de maletas y bultos, liberó una mano para ponérsela sobre la nariz y hacer un gesto de burla. Era de una naturaleza impulsiva y daba rienda suelta a lo que sentía en cualquier ocasión”.<sup>4</sup>

Hasta aquí Frank Heller, pero la verdad es que Ekman desarrolló desde temprano una habilidad para vivir ”barato”. En ese tiempo habían máquinas automáticas de autoservicio en las que se ponía una moneda y se recogía lo que se deseaba abriendo un compartimento. Sobre la mesa había sal, mostaza y ”knäckebröd”<sup>5</sup>. Ekman pondría 10 centavos (öre) para comprar un vaso de refresco de la máquina automática y luego comería hasta hartarse del ”knäckebröd” con mostaza encima. Después de obtener su licenciatura en Lund en 1907 consiguió Ekman un viaje gratuito en uno de los barcos de la compañía Nordstjärnan AB con dirección a Argentina. Ekman aprovechó esta oportunidad y se quedó tres meses en el norte argentino, dedicándose a un intenso trabajo de recolección de plantas. Este tiempo ejercería también una influencia definitiva en su vida. Ekman tenía sin embargo que terminar con sus estudios de doctorado, lo que se le hizo más fácil por el hecho de obtener el puesto de Asistente en el Departamento de Botánica del Museo Nacional, donde se encuentra el llamado ”Herbario Regnell”, uno de los 10 herbarios más grandes del mundo y el cuarto o quinto en lo que se refiere a Latinoamérica. Este herbario se conformó en base a donaciones del médico sueco Anders Regnell quien en 1840 se estableció en Brasil donde se hizo rico. Las donaciones que estaban destinadas al desarrollo del herbario incluían también un estipendio para cubrir los gastos de viaje y estadía de un investigador en lugares que se establecen por anticipado. Este estipendio se otorga periódicamente mediante la Academia de Ciencias y tiene por objetivo estudiar la flora del Brasil y Latinoamérica y completar el herbario en Estocolmo con nuevo material.

El primer viaje de Ekman, lo encaminó pues hacia el estudio de la flora latinoamericana y desde 1907 hasta 1914 trabajó principalmente en Estocolmo, con excepción del tiempo de estudios para el exámen de doctorado que pasó en la ciudad de Lund.

El 2 de marzo de 1914 defendió su Tesis de Doctorado que llevaba el título de ”West Indian Vernoniae”<sup>6</sup> (Las Vernoniae de las Antillas) un grupo de flora tropical, con

flores en forma de tubo, dentro de la gran familia de *Compositae*. Anteriormente y gracias también al fondo Regnell había podido realizar viajes de estudios a Berlín, Bruselas Ginebra, Londres, Munich y París. Pero lo más importante de todo es que le había sido concedido el estipendio Regnell para un viaje de investigación de dos años al Brasil. Entonces, sin embargo, ocurrió una de esas cosas casuales que a menudo determinan un cambio en nuestro destino y marcan el nuevo camino que habremos de seguir. Viene al caso citar al Profesor Gunnar Samuelsson que en el Libro Anual de la Academia de Ciencias correspondiente al año 1931 escribe:

”Pero el trabajo de Ekman sobre las ”*vernoniae*” de las Antillas había despertado la atención del conocido especialista en la flora de esta región, Profesor I. Urban, de Berlín quien había descubierto la capacidad de Ekman. El Profesor Urban estaba en ese tiempo ocupado con su ”*Flora Domingensis*” y deseaba conseguir material para completar dicho trabajo, así fue como logrando convencer al entonces Encargado del Departamento de Botánica del Museo Nacional de Suecia, Profesor C. A. M. Lindman consiguió que éste último, en las instrucciones de viaje para Ekman, añadiera una escala preliminar al interior de la isla Hispaniola y, luego de ocho meses allí, continuara su viaje al Brasil. Por alguna razón, también se instruyó al becario además pasar por la Habana en su viaje hacia Hispaniola y como se puede deducir de las indicaciones, la razón que determinaba esto era principalmente que Ekman coordinara algunas cuestiones con el entonces Cónsul General de Suecia en Cuba. Ekman se oponía a todo el proyecto relativo a las Antillas, pero tuvo que acatar la voluntad de Lindman y del Comité de Estipendios”.<sup>7</sup>

Ekman había planeado permanecer dos años en el Brasil; en lugar de éstos, resultaron 10 en Cuba y 7 en Haití y la República Dominicana. Cuando finalmente estaba listo para partir hacia su destino original — América del Sur — vino la muerte. Nunca más pudo volver a ver su Suecia tampoco.

Y ¿cómo llegó Ekman al Pico Suecia? En una revista botánica publicada en la República Dominicana, iniciaba uno de sus últimos informes bajo el título ”En busca del monte Tina” de la manera siguiente:

”Cualquiera que se interese por la geografía de un país se preguntará inevitablemente: ¿cuál es la montaña más alta? ¿Qué altura tiene? Recuerdo muy bien que cuando muchacho me llenaba de envidia el hecho de que Noruega, aunque más pequeña que mi querida patria, Suecia, tenía montañas más altas”.<sup>8</sup>

Ekman era un científico muy exacto, pero al mismo tiempo de una naturaleza cálida

y sensible. Siempre dispuesto a tender una mano de ayuda, comprensivo, aunque a momentos podía ser cruel y sarcástico con las personas que no le caían bien — snobs y tontos que se hacían los importantes. En medio de una disertación científica llena de nombres en Latín, podía intercalar un párrafo descriptivo de la belleza de la naturaleza de los lugares:

”. . . Indescriptiblemente bellas son las pendientes del monte Formón, a una altura de 1.700 a 1.900 metros. Bosques de altos pinos adornados de musgos y líquenes de diferentes formas y colores; sobre el suelo una vegetación subterránea de muchos y preciosos lebrillos, probablemente no van quedando muchos de estos bosques en el mundo, intocados por el fuego y la mano del hombre.”<sup>9</sup>

Ekman se llama a sí mismo “un escalador de montes tropicales” y muy a menudo se encuentra en sus diarios personales palabras en español como “loma”, “monte”, y “pico”. Una de esas anotaciones habla del “Pico Suecia” y ésta es la historia del botanista Erik Leonard Ekman en el Pico Suecia.

Después de defender su tesis de doctorado en Lund, se fue Ekman hacia Cuba, de acuerdo al plan de viaje que se le había impuesto. Llegó a la Habana a mediados de abril con la intención de continuar hacia Haití a la brevedad posible. Nuevamente el destino le cambiaría los planes. En la isla Hispaniola se habían dado brotes revolucionarios, al mismo tiempo que en Cuba se presentó una epidemia de peste bubónica. Ekman sin embargo no perdió tiempo y en pocas semanas había coleccionado 1.300 vegetales en las cercanías de La Habana que fueron enviados a Estocolmo. Se encaminó posteriormente hacia el oeste, llegando a la Provincia de Oriente justo cuando estallaba la Primera Guerra Mundial. Con la misma intensidad con que antes se oponía al viaje a las Antillas y el Caribe, con esa misma intensidad deseaba ahora quedarse allá, y así lo hizo. Esto le costó mucha crítica y ocasionó gran desagrado a los señores que en Estocolmo administraban su estipendio. Entre tanto, Ekman había podido comprobar que la flora cubana, de ninguna manera había sido tratada a fondo como se creía. Antes del primer año había reunido más de 6.000 plantas, realizado largas excursiones y escalado unas cuantas montañas. Encontró amigos entre la gente de la colonia sueca que se había establecido en Oriente y allí pasó su primera navidad fuera de Suecia. Su diario personal testimonia la nostalgia de sus sentimientos en esa ocasión:

”24 diciembre de 1914, ¡Noche Buena! ¡Oh Dios! tan lejos y tan solo me siento. . . No puedo evitar que los pensamientos me lleven a casa, a mi madre, mi padre, mis hermanos y amigos. . . nada mejor que un poco de música para consolar la tristeza.”<sup>10</sup>

El día sin embargo terminó bien, con una invitación a casa del Cónsul noruego, una buena cena y el árbol de navidad iluminado.

A principios de 1915 se encontraba Ekman en la Sierra Maestra, la cadena montañosa del sur de la Provincia de Oriente. La montaña más alta de la sierra es el Pico Turquino, que Ekman vio por vez primera el 22 de marzo de ese año y sobre el que escribe así:

”La vista (del Pico Turquino) me hizo vibrar el corazón al mismo tiempo que me estremecía al pensar lo difícil que iba a ser llegar a ese tope en el sudoeste.”

El primer intento lo realizó a principios de abril junto con amigos cubanos. A los 1.700 metros, sin embargo, se vieron obligados a volver ya que encontraron un precipicio.

”Era tarde en el día, nuestras provisiones se habían acabado.”

Una semana más tarde lo intentaron de nuevo. El diario de 17 del abril dice:

”Al mediodía empezó la escalada del pico mismo. El bosque que se encuentra en las pendientes del norte pareció siempre ser comparativamente más fácil de penetrar. . . una vista preciosa. Crestas de montañas y luego valles, abismos salvajes; en el norte los llanos de ”Canto”. Los ríos se encontraban desparramados como en un plano. Lo más hermoso sin embargo, era ver las nieblas que se elevaban desde el mar. Enceguecedoras, blancas, a lo largo de las crestas de las montañas, revoloteadas por el viento del norte. Inclusive hasta el tope del pico Turquino que llamamos Suecia se podía observar el extraño fenómeno. A las 4 de la tarde estábamos en el tope. Es ligeramente redondeado, cubierto por un bosque cuatro veces la altura de un hombre.”

En una entrevista para el periódico *El Cubano Libre*, 5 de mayo de 1915, Ekman hace la siguiente descripción:

”Alcanzamos el tope del pico Turquino a las 4 en punto de la tarde del 17 de abril de 1915. No encontramos ningún signo que indicara que alguna otra persona lo había escalado, por lo que al anochecer, hicimos una gran fogata de manera que todos los habitantes de los valles pudieran ver que conquistamos la cima del pico Turquino. . . Luego nos pusimos a dormir allá y sentimos mucho frío. En la mañana siguiente escribimos un documento en tres idiomas, español, inglés y sueco. Lo firmamos y lo pusimos en una botella de Ron Bacardí, cuyo contenido habíamos bebido previamente. Pusimos la botella en la base de una pirámide de piedras como prueba de que habíamos conquistado la cima. . . Una de las cuestiones más importantes era determi-

nar su altura, y el barómetro aneróide que llevaba conmigo mostraba 2.040 metros. Como corresponde a los primeros que conquistan la cima de una montaña, utilizamos nuestro derecho de ponerle nombres a los picos al este y al oeste del Turquino, llamándolos Suecia y Cuba respectivamente. . . Los resultados botánicos fueron positivos y volvimos en tres días a la base llevando con nosotros una magnífica impresión del pico Turquino.”

En el plano que se incluye, señaló Ekman el camino de la última etapa, encerrando en un círculo los lugares donde acamparon por la noche. De esa manera el botánico vio y le dio nombre al ”Pico Suecia”.

Ekman con su enorme tenacidad, combinada con intuición natural y entrenamiento científico, sabía muy bien que las especies botánicas más raras se encontraban en los lugares a los que era más difícil llegar. Poniendo en práctica su capacidad, en algunos años y solo, encontró 1.000 especies botánicas nuevas en Cuba, a pesar de que la isla se consideraba bien investigada por un botánico norteamericano que trabajó durante 14 años en el país. Eran los bosques vírgenes, los farallones verticales, quebradas profundas, vegetación casi impenetrable, habitados según las leyendas populares por poderosos espíritus y peligrosos monstruos, aquellos que nunca habían sido mellados por la pisada humana, que ejercían una atracción irresistible sobre el botanista y hacían que, inclusive careciendo de comida y bebida, con brazos y piernas rasmilladas, la piel cortada, manos sangrantes, con el sol que lo quemaba de día y el frío que lo helaba de noche; que cada vez que veía una nueva montaña tenía que escalarla y no paraba hasta que su medidor de altitud le mostraba que había llegado a la cima. Luego del Pico Turquino, Pico Suecia y Pico Cuba, así como las dos montañas que se bautizaron con los nombres de los dos amigos que lo acompañaron, escaló la Sierra de Cristal, la Loma del Gato, La Bayamesa y La Gran Piedra, para sólo nombrar unas cuantas. Lo único que lo obligó a quedarse tranquilo sin estar escalando montañas fue la guerrilla revolucionaria del año 1917 que no le permitió moverse libremente.

Finalmente viajó a Haití, tres años más tarde de lo que se había estipulado en las instrucciones de la Academia de Ciencias. Por eso también el mencionado encargado en Estocolmo, le había retenido los pagos del estipendio, de manera que Ekman, literalmente, tuvo que mendigar ayuda. Cuando finalmente llegó el dinero, éste había sido enviado al Cónsul General con instrucciones de pagar primero los costos de transporte de las colecciones de Ekman hasta Estocolmo y luego entregarle la suma restante. Al mismo tiempo Ekman recibió la noticia de que su madre había muerto. Al respecto, en una carta que la hermana de Ekman escribió después de la muerte de éste al Profesor Samuelsson, dice:

” . . . Era muy apegado a nuestra madre y le tenía un gran cariño. Existía entre ellos una profunda comprensión mutua . . . cuando recibió la noticia de su muerte en 1917 escribió que ésta lo había hundido en la más profunda congoja. Es a ella que le contaba todo, le describía detalladamente sus excursiones, sus relaciones con amigos, sus amoríos con una u otra muchacha, no le ocultaba nada.”

Su primera visita a Haití, en 1917, duró nada más que tres meses y medio, de los que perdió uno debido a una fuerte malaria por la que cayó enfermo. A pesar de esto recolectó casi 900 especies botánicas con las que volvió a Cuba. Entonces empezaban los tiempos más difíciles de su vida. Estaba literalmente ”en la calle”, no tenía ni un centavo; de la Real Academia de Ciencias lo único que le llegaban eran reprimendas por no seguir las instrucciones de viaje. La malaria no le abandonaba y junto con ésta le vinieron profundos estados de angustia, con sentimientos de fracaso, frustración y desesperanza. Si no hubiera sido por los amigos escandinavos que le ayudaron, no hubiera podido sobrevivir estos años difíciles. Para pagar a sus ayudantes, trabajó como peón en las construcciones de caminos y plantaciones de azúcar durante dos años — de acuerdo a las informaciones —. Temía que sus colecciones fueran destruidas en saqueos o revoluciones, la Guerra Mundial dificultaba los contactos con Suecia. Recién en 1920 pudieron enviarse las colecciones de Ekman a Estocolmo y es entonces que se comienza a apreciar el verdadero valor de su trabajo. Un nuevo estipendio de 5.000 coronas suecas le fue concedido para que viajara a la Hispaniola. Pero aún estaba tan atado a Cuba que desobedece las instrucciones. En su solicitud para obtener el estipendio escribe:

” . . . . Poseo un número significativo de colecciones de herbarios de diferentes lugares de Cuba. Es mi intención también la de enviar a Suecia una serie completa de estas colecciones, a pesar de que en los últimos cuatro o cinco años no he recibido ni un centavo sea para mi manutención o mis viajes, no ser de algunos amigos escandinavos establecidos en Cuba, para quienes guardo deudas de dinero y gratitud. aunque carezco absolutamente de recursos propios, considero que continuar el trabajo de investigación científica en los países donde me encuentro ahora, es mi deber, así como un objetivo científico de gran importancia, además con los conocimientos que hasta aquí he logrado reunir sobre Cuba y Haití, creo, sin lugar a dudas, que podemos esperar resultados sumamente ricos y grandes sorpresas en el campo científico desde estos países.”

La crítica que recibió del entonces Jefe del Departamento Botánico del Museo Nacional, Profesor Lindman, fue sumamente dura. Ekman le responde en una larga carta en inglés defendiéndose, desde la Habana en 1923:



” . . . mi comportamiento tiene una sola explicación, el realizar lo máximo con los mínimos costos posibles. . . . mientras pueda mantener cuerpo y alma juntos, continuaré trabajando para el Herbario Regnell. Es el único objetivo de mi vida. . . pero debo tener carta blanca.”

Al final de la carta de 9 páginas, estalla su desesperación:

” . . . durante una de mis últimas excursiones tuve la mala suerte de caer desde un árbol de 10 metros de altura, a consecuencia de lo cual me rompí la muñeca y un par de costillas. Si no hubiera sido por mis colecciones hubiera deseado morir en ese mismo instante, como en verdad deseo hacerlo en una de mis peligrosas expediciones; sería lo único que me correspondería luego de todos los disgustos que he causado a mis amigos en Suecia.”

Es de imaginar lo que costó a un científico orgulloso, independiente y ambicioso como Ekman, el escribir esta carta. Ni siquiera se la respondieron. Ningún reconocimiento llegó de Suecia, únicamente reproches, vituperaciones y críticas sin ninguna comprensión. Mientras en contraste, los cubanos, mostraron tener la capacidad de descubrir y apreciar en su verdadero valor, el trabajo que por la flora de la isla realizaba ese suco pobre, mal vestido y por períodos desposeído hasta de techo. En mayo de 1920, fue nombrado Miembro de Honor de la Sociedad Cubana de Historia Natural "Felipe Paey", junto con Luis Montané. El nombre de este último está relacionado con el Museo Antropológico de la Universidad de La Habana. Sin embargo a pesar de todas las miserias y sufrimientos, en el fondo Ekman nunca quiso dejar Cuba. En sus cartas repite a menudo el deseo de poder volver para terminar su trabajo allá. En octubre 1925 escribe a Urban:

”¡La flora que de Cuba podría escribirse! Que lástima que no pude ir por la zona de Baracoa una vez más. Me gustaría pasar un año en esa parte de Cuba y estoy seguro que la botánica se beneficiaría enormemente con esto.”

En otra carta escribe:

” . . . He sacrificado mi vida por el conocimiento de la flora de Cuba. He pasado hambres, sufrimientos y enfermedades que me han puesto muy cerca de la muerte.”

A regañadientes dejó Cuba en 1924. Una nueva vida le esperaba en Haití. En la Academia de Ciencias se habían dado cuenta del significado que Ekman podía tener para la ciencia botánica. En el Departamento de Botánica del Museo Nacional se había nombrado un nuevo jefe, el amigo personal de Ekman, Profesor Gunnar Samuelson. Ekman tenía buenas cartas introductorias para Haití y desde el principio fue bien recibido, lo que ocasionó sin embargo que Ekman aumentara el grado de exi-

gencia hacia sí mismo, exponiéndose a mayores riesgos y aventuras y continuara viviendo en el increíble estilo espartano que se había visto obligado a adoptar en Cuba. Seabrook repite las palabras de Ekman:

” . . . por todas estas montañas, he caminado sólo con un machete y un pedazo de pan.”<sup>11</sup>

Y describiendo las provisiones de Ekman:

” . . . una caja de fósforos y una lata con una mezcla de té y azúcar que hacía hervir al mismo tiempo.”<sup>12</sup>

Acerca de sus hábitos de sueño, cuenta Seabrook:

” . . . apenas había una litera que se podía usar, quería prontamente dormir bajo techo. La causa probablemente era que tan a menudo se vio obligado a dormir a la intemperie. Una mañana alrededor de las 2 a.m. se cayó de una litera y empezó a protestar diciendo que estaba cubierto por hormigas que se lo estaban comiendo vivo. ¡Escuche cerdo —le dije yo— si se bañara tan a menudo como los negros de este lugar, las hormigas lo dejarían en paz!”

El mismo Ekman comenta el retrato que Seabrook hace de él, en el libro “The Magic island”:

”Siempre hay — supongo — algún grano de verdad en la descripción que hace sobre mí. Pero justamente los métodos que más me critica, son los más necesarios para lograr hacer algo que valga la pena por acá.”

Acerca de estos métodos de Ekman, comenta el Profesor Samuelsson:

”Su equipo era de lo más impensado. Nunca usaba bestias de carga para el transporte. Confiaba totalmente en la hospitalidad de la gente del lugar y tenía una enorme capacidad para ganarse su confianza, especialmente la de las mujeres negras. Dormía en sus chozas y comía su comida. A las excursiones no llevaba más que un montón de papeles descriptivos de plantas, su machete, el medidor aneroide, un saco de espalda y una frazada así como un pequeño recipiente para el té, azúcar y unas tostada para 2 o 3 días. Muy rara vez llevaba agua consigo y no le importaba quedarse hasta bien entrada la tarde. Si la oscuridad lo sorprendía, buscaba el lugar más protegido para pasar la noche. Si hacía frío en las cimas de las montañas, quebraba un par de arbustos o ramas de pino. . . les encendía fuego y así pasaba la noche al calor del fuego con un buen sueño.”<sup>14</sup>

El ritmo de vida que Ekman llevaba era tan galopante y acelerado que sólo personas con mucho entusiasmo y fuerza podían seguirlo. Seabrook comenta entre otras co-

sas que Ekman no tenía el tiempo de mostrar gran interés por el sexo opuesto. A la pregunta de por qué no se había casado nunca? se dice que respondía que:

”sólo podría casarse con una mujer botanista como él. Que sólo habían seis mujeres botanistas en el mundo y que las seis que habían, todas eran muy feas.”<sup>15</sup>

En el diario de su primer año en Cuba, entre sus anotaciones botánicas, existen algunos párrafos sobre un barrio de Santiago de Cuba ”dedicado al culto de Venus”:

”Las hermosas mujeres estaban paradas delante de las puertas invitando con palabras amistosas a que sus víctimas se lanzaran en aquellos santuarios.”

Luego de describir un terrible ciclón que el año 1930 destruyó totalmente la ciudad de Santo Domingo, causando 3,000 muertes, termina la carta que escribiera en inglés:

” . . .basta, sin embargo, de lamentaciones. La ciudad será reconstruida en un par de años. De todas maneras, el dominicano es un pueblo entusiasta. Recuerdo una muchacha, no precisamente decente sino más bien de las otras, que estaba sentada sobre unas ruinas en lo que antes había sido su lugar de negocios y sobre el que no había ahora más que unas tablas y planchas de hierro. Así y todo, cuando pasé por allá, me invitó sonriente. ¡Eso es espíritu!”

Algunos años más tarde, bromeando escribiría en otra carta:

” . . .alguna vez, tal vez, las bellas pecadoras criollas me han dado calabazas, pero una calabaza así, es relativamente fácil de llevar.”

Ekman estaba tan concentrado, por no decir poseído por sus investigaciones botánicas que casi ninguna otra cosa le llamaba la atención. Tenía sin embargo, grandes conocimientos de cultura general, un intelecto dinámico y podía conversar fluidamente en cinco idiomas. Había podido formar una actitud racional y objetiva en sus años de estudios, así como en sus contactos con Bengt Lidforss. Tuvo la ocasión única de estudiar a las personas, las revoluciones y los cultos africanos en Cuba e Hispaniola; pero sólo con pocas frases hace mención a las relaciones humanas. Todo el resto son vegetales, árboles, nombres en latín y de montañas. En su diario se encuentran un par de páginas dedicadas al culto afro-cubano de la ”santería” que en Haití recibe el nombre de ”Vudú”:

”Un hombre empieza a saltar desafortadamente y en círculo, al tiempo que se golpea la frente con las manos, bamboleando como un beodo, emitiendo ruidos extraños. Los otros alrededor castañetean con los dedos en el aire y golpean al bamboleante con las manos. . . yo me alejo del lugar. Una hora después extraños ruidos llegan a mis oídos, y por una curiosidad que es fácil

de comprender, vuelvo allí. Ahora se bambolean todos los hombres que allá habían reunidos, saltan, pegan golpes en el aire, su aliento y el ruido que emiten parecen estertores de muerto, una mujer cae bamboleándose al suelo y emite gritos a tiempo que golpea con los brazos en el aire. . . . Todo esto es absolutamente repugnante me hace dar ganas de vomitar. Pero al mismo tiempo, hay una fuerza terriblemente atractiva en toda esta locura. . . . Una mezcla rara de culto africano y cristianismo. ¡Oh religión! embuste enorme, ¡cuanta locura no se comete en tu nombre!”

Las investigaciones botánicas significaron también su único contacto con su país de origen. Luego de la muerte de su madre, perdió casi totalmente el contacto con sus hermanas — en los últimos siete años no recibieron de él noticia alguna —. A pesar de todo, Ekman se sintió siempre enteramente sueco y se presentaba como empleado del Museo Nacional de Suecia. Los dos años de viaje con estipendios, se convirtieron en 17, pero en ningún momento, durante todos esos años, manifestó deseos de volver a su patria, así fuera de vacaciones. En una carta dirigida al Profesor Samuelsson en 1926, escribe:

”Cuando me entero de como, mis ex-colegas y amigos, se han doctorado y convertido en miembros de la Real Academia de Ciencias, dudo a veces un poco en seguir el camino errante que me señala mi estrella. ¿Encontraré yo también a Cristo en el pesebre al final del camino? ¿No es locura esto de tirar mi vida en estos lugares, solo y constantemente expuesto a renunciamentos y fatigas? La única recompensa que de vez en cuando recojo, es alguna carta de reconocimiento de mi labor, tuya o del Profesor Urban. . . . pero, compensa ésto todo lo que he perdido? Me consuela sin embargo, la certeza de que doy de mí lo mejor donde me encuentro y que tengo mi conciencia tranquila. No cabe duda alguna que he nacido para ser lo que soy: ”un aventurero moderno, un caminante sin rumbo en estos verdes prados del Señor.”

Durante su estadía en Cuba, Ekman hizo una excursión a la Isla de Pinos, una isla al suroeste de Cuba, que recorrió durante 2 meses volviendo a La Habana con 1.000 ejemplares botánicos. Durante su estadía en Haití realizó también repetidas excursiones a las islas Tortuga Gonave y Navassa, cuyas floras estudió completamente. Estos estudios se encuentran publicados en el Archivo de Botánica de la Academia de Ciencias. Así como en Cuba, los montes más altos de Haití ejercieron sobre él su atracción irresistible y los escaló. La ascensión al más alto, Morne de la Selle, se encuentra descrita en un capítulo del libro de Seabrook.<sup>16</sup>

Los planes futuros de Ekman, se habían definido en 1927 mediante una nueva concepción del estipendio Regnell para un viaje a Venezuela. El, sin embargo, deseaba pri-

mero terminar sus investigaciones en las Antillas quedándose un año en la República Dominicana. Así fue como llegó a Santo Domingo el 28 de diciembre de 1928. Empezaría entonces un período muy cargado de trabajo ya que sabía que tenía que dejar la isla en un año. Las labores del botanista, comprenderían también descubrimientos geográficos de significación, así como la recolección de pájaros y algunos mamíferos para el Museo Nacional.

Tradicionalmente —y también en los planos geográficos— se afirmaba que el Monte Tina, era el más alto de las Antillas, y desde luego que, siendo así, Ekman tenía que escalarlo. Lo que Ekman llegó a comprobar fue que el Monte Tina no solamente no era el más alto de las Antillas, sino que no existía, y que, donde se suponía que estaba, lo que había era una serie de montañas más pequeñas. Y claro, él tenía que encontrar la montaña más alta. Así llegó a establecer que el monte más alto, no sólo de la República Dominicana sino de todas las Antillas, es "La Pelona", de 3.175 metros de altura, con una montaña melliza 50 metros más baja. Esto fue establecido el 3 octubre de 1929.

En sus últimos tiempos, Ekman encontró un muy buen amigo en el Dr. Ciferri, que constituiría un punto de referencia en su casa. Es el Dr. Ciferri quien escribiría posteriormente una relación necrológica acerca de las últimas excursiones de Ekman y su muerte. Eran los meses de noviembre y diciembre de 1930 y Ciferri escribe así:

"La última excursión que hicimos juntos y que para él fue definitivamente la última. . . se emprendió en las montañas que se encuentran en la parte norte del Río Maimón. Luego de haber marchado unas horas, yo decidí volver, pero él quería continuar hasta la cima de la montaña. . . con la esperanza de encontrar ejemplares de las hermosas flores de la nueva especie de las "Omphalea". . . Y las encontró. Pero, durante la noche llovió y él no pudo encontrar donde cobijarse."<sup>17</sup> El 10 de enero de 1931 cayó enfermo, y luego de unos días en los que su cuerpo se defendió de la pulmonía que lo atacó y de la vieja malaria que no lo dejaba en paz, dejó de existir el 15 de enero de 1931. Compartió así el destino que otros jóvenes botanistas suecos — entre los que se puede citar los nombres de Fredrik Hasselquist y Christofer Ternström, discípulos de Linné — que en otros lugares del mundo, en viajes de estudio también, murieron ese mismo año."

El Dr. Ciferri, termina su necrología de la manera siguiente:

". . . había reducido sus necesidades a un mínimo y en broma solía decir que había sobrepasado a Diógenes en un punto, Diógenes — decía — tenía un barril por casa, yo no necesito ni un barril."<sup>18</sup>

En cuanto a vestimenta, había abandonado casi todos los convencionalismos. Por-

taba un overall de mecánico, de lienzo azul, que casi nunca se quitaba. Una de las cosas raras y que más desconcertaba a la gente que no lo conocía era que, con esa apariencia extremadamente modesta, podía oírsele llevar una conversación brillante e instructiva en cualquier idioma. Tenía asimismo un corazón de oro que se vislumbraba después de conocerlo un poco.

Erik Leonard Ekman está enterrado en el Mausoleo del Maestro, en el cementerio de Santiago de los Caballeros en la República Dominicana.

## NOTAS

1. Seabrook (1929), p. 239.
2. Ibid. p. 240.
3. Heller (1919).
4. Ibid. pp. 147-48.
5. "Knäckebröd", galletón hecho generalmente de centeno característico de los países escandinavos. Nota del traductor.
6. Ekman (1914).
7. Samuelsson (1931) pp. 355-56.
8. Ekman (1930), p. 369.
9. Del diario de Ekman.
10. Los diarios y cartas de Ekman se encuentran en la biblioteca de la Universidad de Estocolmo.
11. Seabrook (1929), p. 241.
12. Ibid, p. 243.
13. Ibid, p. 246.
14. Samuelsson (1931), p. 362.
15. Seabrook (1929), p. 242.
16. Ibid. Cap. IX.
17. Ciferri (1931), p. 373.
18. Ibid. p.375.

## REFERENCIAS

- Ciferri, R. (1931), Carta a Gunnar Samuelsson, traducción sueca en Samuelsson (1931)
- Ekman, Erik L. (1914), *West Indian Vernoniae*. Uppsala
- Ekman, Erik L. (1930), "En busca del Monte Tina", folleto de la benemérita Estación Agronómica de Mo-  
ca. Serie B, No. 15. Reproducido en Emilio Rodríguez Demorizi, *Relaciones geográficas de Santo  
Domingo*, Vol. 1, Santo Domingo, 1970
- Heller, Frank (1919), *Förbannelse över de otrogna*. Stockholm
- Samuelsson, Gunnar (1931), "Erik Leonard Ekman", *Kungliga Vetenskapsakademiens Årsbok*, Vol. 29
- Seabrook, W.B (1929), *The Magic Island*. New York